

## ESCENA IX.

*Dichos y DON LUIS.*

DON LUIS.

Buenas tardes, señores.

DON MELITON.

Déme usted un abrazo, que en estos casos todos los disgustillos se acaban, y pelillos á la mar.

DON LUIS.

Pero ¿qué hay de bueno?

DON MELITON.

¡Ahí es una friolera! No sabe usted eon el hombre que está hablando : lea usted, lea usted. (*Dale la carta, y don Luis la lee en silencio.*)

DON FABIAN.

Estoy aturdido sin entender á usted, ni saber lo que le pasa...

DON MELITON.

Pues es muy sencillo; que estoy loco de contento... Carlotita, á usted le apareó el tratamiento, que no quiero engreirme : nosotros, señor don Fabian, siempre amigos.

DON FABIAN.

¿Con qué usted va á tomar el empleo?

DON MELITON.

A dos manos... ¡Pues no, que seria uno tonto á los cuarenta años!

DON LUIS (*devolviéndole la carta*).

No me atrevo á darle á usted la enhorabuena, porque creo que es insultarle: el destino es asombroso para hombres que piensan como yo, y ven en la libertad de imprenta el principal apoyo de toda justa libertad. Pero las opiniones son libres; y una vez que usted la juzga perniciosa y casi herética, no habrá dudado sobre el partido que debe tomar...

DON MELITON.

¡Yo dudar!... Nada de eso.

DON LUIS.

Con una simple renuncia del empleo cumple usted con su conciencia, y no se mezcla en cosas que cree opuestas á la hombría de bien...

DON MELITON.

La verdad, señor don Luis, yo esta mañana me acaloré un poco hablando de esa libertad, y quizá se me deslizara de la lengua algun disparate: cuando la legítima autoridad dice que es buena, y la permite en España, sus razones tendrá, y no será tan mala como yo creia...

DON LUIS.

¡Declamaba usted tanto contra ella!

DON MELITON.

Todo es bueno y malo en este mundo, según la clase de hombres que anda en ello: si pusieran á proteger esa libertad á cuatro liberales sin seso, sería la ruina de España; pero habiendo nombrado hombres de pulso, pongo la comparacion, (aunque parezca mal que yo lo diga) no hay que temer. Además, yo no tengo que metérme á averiguar, si es buena ó mala esa libertad: yo debo obedecer á las legítimas potestades, como me manda la ley de Dios; y ya que me han dado ese empleo, sacrificarme por la patria, y trabajar por ella hasta el fin de mi vida.

DON LUIS.

Habla usted con mucha prudencia.

DON MELITON.

Ya, lo de menos era renunciar el empleo, que todos los destinos no traen mas que desazones; pero si renunciára, dirian las malas lenguas que era por estarme ocioso, y hecho un holgazan como hasta ahora. Y por cierto, que no ha sido culpa mia; que yo he puesto todos los medios para trabajar, aunque hubiera sido en una canongía; pero no ha querido la suerte que hasta ahora haya

sido útil al Estado... en fin, mas vale tarde que nunca.

DON LUIS.

Me parece, don Fabian, que está usted cabizbajo y pensativo, sin tomar parte en la patriótica alegría de este caballero... ¿Qué tiene usted?

DON FABIAN.

Nada.

DON MELITON.

Ciertamente es extraño; pero no tenga usted cuidado, que en llegando allá, tambien se calzará usted su gran empleo.

DON FABIAN.

Yo no quiero nada, nada.

DON LUIS.

Me parece que el señor don Meliton va desertando del partido de ustedes; y al fin se ha de pasar al bando de los liberales.

DON MELITON.

Yo siempre soy del que manda, como buen vasallo.

DON FABIAN.

En verdad que no era usted tan obediente hace algunas horas. Mientras mas amigos mas claros: le confieso á usted que me he llevado un gran chasco: yo creí que usted aborrecia esas reformas y proyectos libera-

les, porque los creía contrarios á su conciencia; y ahora veo, que con la golosina del destino, le faltan á usted dos dedos no mas para hacer la apología de la libertad de imprenta.

DON LUIS.

¡Conozca usted lo que puede un empleo!

DON FABIAN.

Para los hombres de bien no puede nada, si comprometen en ello las opiniones que han manifestado, y aprecian mas su buen concepto que el bajo interes. La verdad, repito á usted, don Meliton, que me he llevado un gran chasco, y que creía á usted mas consecuente.

DON MELITON.

Yo hago lo que me acomoda, y no tengo que dar cuenta á nadie: sírvale á usted de gobierno.

DON FABIAN.

Parece que va usted alzando el gallo, y no ha diez minutos parecia una ovejita. Pues yo para nada le necesito, que no pienso imprimir sino es alguna papeleta de convite ó de entierro.

DON MELITON.

Yo soy hombre agradecido; pero no me dejo pisar de nadie.

DON LUIS.

Usted es un grandísimo hipócrita, que ha tenido engañado á mi bondadoso amigo, que ahora empieza á conocerlo. Vea usted, don Fabian, por qué especie de hombre iba á romper nuestra antigua amistad, y hacer infelices á dos pobres muchachos. Pero aun es tiempo de remediarlo todo.

DON MELITON.

A mí nada me importa; que ya gracias á Dios, no tengo que estar á cara de nadie, y lo pasaré como un príncipe, en tomando posesion de mi empleo.

DON LUIS.

Vaya usted á que estienda el título el mancebo de la botica inmediata.

DON MELITON.

¿Qué mancebo?

DON LUIS.

El mismo que le ha enviado la buena noticia.

DON MELITON.

Hombre... ¿qué dice usted?... Acabe usted de explicarse...

DON LUIS (con admiracion y frialdad).

¿Con que usted habia creído lo del empleo?

DON MELITON.

Pues ¿no está aquí la carta?...

DON LUIS.

Por señas que yo la he notado, valiéndome de lo que dijo usted esta mañana; y el mancebo de la botica me hizo el favor de escribirla, haciéndolo tan á mi gusto, que le regalé medio duro. Y le debe usted estar muy agradecido, que yo no le señalaba mas que treinta mil reales de sueldo, y el muchacho fue tan rumboso que le dobló la tara.

DON MELITON.

Usted... se chancea...

DON LUIS.

Ahí cerca está el mancebo que no me dejará mentir; y la moza de la posada á quien entregué la carta y una peseta para alfileres, con encargo de que dijese á Juan que la habia traído el cartero.

DON MELITON (*recogiendo el sobre de la carta*).

Don Fabian ó don Macho, ¿no vió usted que el sobre no traia ningun sello?

DON FABIAN.

Si usted no lo vió y le interesaba, ¿me habia yo de parar en esas menudencias?

DON MELITON.

Yo... como habia escrito á don Cosme...

y no conocia su letra... y el correo habia llegado esta mañana... Pero, de todos modos, señor don Luis, esto no se hace con ningun hombre blanco; y puede usted ir con sus chanzas pesadas á quien se las sufra: si no mirára que no quiero perderme... Por vida de!...

## ESCENA X.

*Dichos y DON TEODORO.*

DON TEODORO.

¿Qué voces son estas?

DON LUIS.

Nada de cuidado; aquí el señor don Meliton que está á punto de desafiarme...

DON TEODORO.

Deje usted que yo lo tranquilice...

DON LUIS.

Juicio, Teodoro: cuando los amantes están delante de sus queridas, no deben tratar mas que de enamorarlas: ahí tienes á tu Carlota; dile algunas ternezas, que el señor don Fabian no está ahora para reparar en pelillos.

DON FABIAN.

Déjeme usted; que la burla ha sido tambien para mí.

DON LUIS.

La burla ha sido para el taimado egoista, que la ha merecido; para usted no es mas que el desengaño.

DON FABIAN.

Un poco picante...

DON LUIS.

Pero muy provechoso. Ahora empezará usted á conocer á muchos de los que tratan de estraviar al pueblo, inquietando á las gentes sencillas, y pintándoles como nocivas al Estado y contrarias á la religion las mas saludables reformas; solo porque se oponen á su propio interes.

DON FABIAN.

Le juro á usted no llevarme otro chasco en mi vida.

DON MELITON.

Creo, señor don Fabian, que esta broma que yo he procurado seguir, fingiendo lo mejor posible, no entibiará nuestra amistad....

DON FABIAN.

¿Quiere usted insultarme, despues de haberme espuesto á la risa de todos, y á que

hiciera infeliz á mi hija? Vaya usted con Dios, y no abuse de mi paciencia: que la culpa me tengo yo, por haber dado oidos á un hipócrita tan perjudicial.

DON MELITON.

¿Ello es que no hay remedio?

DON FABIAN.

Ni soñarlo.

DON MELITON.

Pues mire usted: ahora mismo voy á dar cuenta á la justicia, de que don Luis es un falseador de cartas, y voy á perder á todos ustedes... Burlarse de mí! y si no tengo nada de que acusarlos, los delato á todos por Fracmasones.

## ESCENA XI.

*Dichos, menos* DON MELITON.

DON TEODORO.

Déjenme ustedes, que yo le haré ir mas de prisa...

DON LUIS.

Estáte quieto; que harto trabajo tienen esas gentes con ser conocidas. La lástima es, que no siempre hay cartas y empleos fingi-

474 LO QUE PUEDE UN EMPLEO!

dos, ni todos son tan dóciles para recibir un desengaño, como lo ha sido nuestro honrado amigo.

DON FABIAN.

Y desengaño que nunca olvidaré.

DON LUIS.

¿De veras?

DON FABIAN.

Voy á darle á usted una prueba de mi conversion: Teodoro, abraza á tu Carlota.

DON TEODORO (*abrazándola*).

¿Ves, cómo han cesado nuestros males?

DOÑA CARLOTA.

¡Qué placer tan inesperado!

ESCENA XII.

*Dichos* Y JUAN.

JUAN.

Nada mas tengo que saber: señorita, cuidado con mi regalo de boda.

DOÑA CARLOTA.

Sí, Juan; y será tan cumplido, como lo es ahora el contento de mi corazón.

DON FABIAN.

¿Y para mí no hay abrazo, Teodoro?

ACTO II, ESCENA XII. 475

DON TEODORO (*acercándose*).

Con toda mi alma.

DON LUIS.

No se acerque usted, don Fabian; mire usted que el muchacho es liberal, y huele á chamusquina.

DON FABIAN.

No me avergüence usted, ni me recuerde nunca mi anterior necesidad.

DOÑA CARLOTA (*A don Luis*).

Ya llegó el feliz instante de que me llame usted *hija mía*.

DON LUIS.

Y con mil amores.—Pero ahora vamos á dar un paseo antes que anochezca: los muchachos irán hablando de su boda, como es natural; y nosotros, aunque no conocemos mucha gente en este pueblo, iremos notando en los que pasen, algunos don Melitones.

DON FABIAN.

Creo que no faltarán.

DON LUIS.

Usted ya los ha conocido; ¡ojalá á todos les suceda otro tanto!

FIN.

